

DON ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

(1856 - 1956)

AÚN percibimos el eco de las últimas conmemoraciones del nacimiento de Menéndez Pelayo, cuando pensamos que el mejor epílogo de las mismas sería la recordación de la personalidad destacada de don Antonio Rubió y Lluch, su amigo entrañable, «el primero en su afecto»¹, nacido en el mismo año, y formado bajo la dirección, también, de Milá y Fontanals.

En el prólogo que le escribió Menéndez Pelayo para *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*, hacía destacar: «Queden unidos nuestros nombres como lo han estado siempre desde que la suerte quiso juntarnos en aquella cátedra de Milá, donde cada palabra era una semilla y cada pensamiento una revelación...» Firme permaneció la amistad; sólo la marcha de don Marcelino, pudo separarlos en la tierra. Con el tiempo, las palabras de los muertos adquieren la fuerza impresionante de un mandato. Por esto, quede nuestro recuerdo—en estas páginas—como acto de obediencia y, además, como homenaje sentimental a los valores espirituales y formativos del doctor Rubió.

Una extensa bibliografía nos habla de las inquietudes y preferencias del sabio catalán: colaboraciones en periódicos y revistas barcelonesas, de España entera, de los países centroamericanos—a los que procuró unir cordialmente con la patria española—. Estudios monográficos y obras fundamentales: *Sumario de historia de la literatura española* (1901), en la que dedica un apartado amplio a la literatura catalana; *Anacreonte y su influencia en la literatura antigua y moderna* (1879); *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón* (1882), ya citada; *El renacimiento clásico en la literatura catalana* (1889); *Impresiones sugeridas por el «Quijote»* (1905); *Valor literario de Tirant lo Blanch* (1907); *La escuela poética catalana en la época romántica* (1912); *Discurso en elogio de Menéndez Pelayo* (1914); *Manuel Milá y Fontanals, notes biogràfiques y crítiques* (1918); *Joan 1.er humanista i el primer període de l'humanisme català* (1919); *Estudios hispano-americanos* (1923); *Ramón Llull* (1911); *L'oratória catalana medieval*. Sus importantes: *Estudis sobre la elaboració de la Crònica de Pere el Cerimoniós* (1911); *Documents per l'història de la cultura catalana mitjieval* (1908), interesante para Huesca porque hace referencia a San Juan de la Peña, San Victorian y al monarca Pedro IV; *Diplomatari de*

l'Orient català (1947), póstuma; *Los navarros en Grecia* (1886); *La expedición de los catalanes juzgada por los griegos* (1886); *Los catalanes en Grecia*, con un prólogo rico en alientos virgilianos; *Algunas consideraciones sobre los educadores intelectuales y las ideas filosóficas de Menéndez Pelayo* (1912). Poesías originales, novelas griegas (1893), traducciones de Heine y de Horacio—este último en verso—al catalán. De otras obras nos da cuenta la bibliografía completa que se publicó en el primer volumen de *L'Homenatge*, que se le dedicó al cumplir los ochenta años, en 1936. La mayoría de sus libros están escritos—castellanos y catalanes—en un estilo propio de lección magistral de corte humanístico.

Pero lo que informa la vida del hombre y su proceder es la intimidad propia. Algo de ella descubrimos a través de la obra escrita, algo de ella nos dicen las cartas a los amigos y el rico epistolario cruzado con Menéndez Pelayo. Su vida de adolescente que transcurre en el hogar acogedor—lo único que echaba de menos en Madrid el amigo santanderino—regido, según frases de Menéndez Pelayo, por un padre que era «el patriarca de las letras catalanas, varón justo, maestro ejemplar, el poeta en cuyos vergeles sólo han cantado los tres ruseñores de la Fe, Patria y Amor...»². Después, el propio hogar, sus hijos, sus compañeros, sus discípulos. Ellos nos dicen que don Antonio tenía una personalidad intensa y generosa que volcaba—a través de su cátedra universitaria de Literatura, «siguiendo la gloriosa tradición de Milá»—en cuantos le trataban, personalidades hoy. Que demostró su vocación de enseñar, además, en su cátedra libre de literatura catalana y en la presidencia del «Institut d'Estudis Catalans», que quería convertir en un laboratorio, en un negociado de cultura, en una escuela, en una biblioteca naciente, en realidad de una ilusión de elevar a un alto nivel europeo la cultura catalana. Unía a sus alumnos con fortísimos lazos de solidaridad; les hacía responsables, sentido de dignidad que tanto valora la escuela investigadora catalana. Enseñó a evocar cálidamente, humanamente, el pasado, que despierta en la conciencia de cada uno la vibración desconocida que hace meditar y corta palabrería inútil. Las páginas monótonas de los libros tienen su encanto—decía—porque encierran el eco de una vida y esperan la curiosidad para entregarse. Quería que los suyos fueran observadores y que, en favor de la verdad, declinaran el honor de ser protagonistas de sus propias obras. A todos les enseñó a trabajar, a viajar, a inquirir³.

Ramas de aquel tronco ampararon nuestros estudios algún tiempo. Ellas nos hicieron conocer más a don Antonio. Discípulo suyo fue el doctor don Ramón Alós: puntual, afectuoso; con una sorna, cuando hablaba, que hacía salir de casillas y estimulaba a trabajar más; preocupado por aquellos a quienes descubría inquietudes para prepararles un camino donde pudieran dar fruto.

El doctor Rubió sentía gran admiración por Dante, en honor del cual, y con motivo de cumplirse el VI centenario de su nacimiento, dio un cursillo de conferencias. A través del doctor Alós se recibía la comprensión del florentino, el conocimiento de su música, de su pasión, de su cabeza organizada. Muchas veces nuestro profesor, al salir de clase, al atardecer, acompañaba el aislamiento de don Antonio leyéndole pasajes de *La Divina Comedia*. El corazón noble de don Ramón de Alós dejó de latir hace unos años. De él ha quedado el recuerdo de su eficiencia y de su dedicación a los alumnos.

También don Fernando Valls y Taberner—historiador de categoría—fue discípulo y colaborador del doctor Rubió. El doctor Valls⁴ era un personaje fuerte, concentrado, serio; un caballero y hombre cordial. Formaba parte de tribunales examinadores—al margen de los que tenía que constituir en su propia cátedra universitaria—. Desde allí enseñaba una manera de comportarse justa, honrada, delicada y elegante.

Pero junto a los dos discípulos citados, hay otro que conserva más fuertes las características de escuela; el único de los tres conocidos que ha sobrevivido a los dos anteriores desaparecidos ya: don Jorge Rubió Balaguer, hijo de don Antonio, su colaborador y amigo íntimo.

Las clases del doctor Rubió y Balaguer dejan siempre admirados y desolados a los estudiantes. Son tan densas en contenido y tan extensas en conocimientos que anulan un poco. Se trabaja desconfiando del éxito del resultado cuando los ojos del profesor se clavan penetrantes y escrutadores en los de quien habla. Porque la actuación de don Jorge en clase, consiste en una gran pregunta que se escalona y no termina nunca. Por ella hace pensar y siembra inquietudes de búsqueda. Ata la divagación por medio de fichas y títulos concretos para los que tiene una retentiva extraordinaria. Fuera de clase sigue, como su padre lo hiciera, siendo el maestro generoso que facilita caminos, renunciando, en favor de sus discípulos, a alguna de sus empresas; quien sufre más cuando aquéllos exponen trabajos, por miedo a que la audacia aparte de la seriedad, de la falta de ciencia, de la honradez de escribir por y para algo.

También nosotros intuimos directamente la humanidad de don Antonio una tarde que bien pudiera ser de primavera porque nos esperanzó a todos. Acabábamos de llegar a Barcelona desde un cálido Instituto provinciano, en donde las distancias cortas aproximan las voluntades. La urbe era desorientadora y fría, en el primer momento, por su independencia individual y su vértigo de velocidad. La Universidad se prestigiaba por grandes figuras, con inquietudes nobles unas, con menos delicadeza de miras otras. Algunos de los alumnos formaban los grupos de superhombres que miraban, con sus aires de altura, a los

que entraban. Otros, más generosos, nos regalaron el don de su amistad. Dentro y fuera de la Universidad, preludios de la lucha del 36. En aquella soledad de los primeros tiempos anunciaron una conferencia de Arturo Farinelli sobre *El peregrino en su patria*, de Lope de Vega. Presentaba al orador un sabio, catedrático jubilado, don Antonio Rubió. Me parece recordar que, la conferencia pomposa, derroche y torrente de palabras, nos pesó. Teníamos pocos años para salirnos—cuando de aprender se trataba—de la explicación concreta. De aquella sesión, las únicas cosas que no se nos han borrado han sido las palabras de presentación y la figura de don Antonio. El doctor Rubió daba a conocer los valores del conferenciante y la amistad que les unía a los dos con otro compañero desaparecido ya: el señor Menéndez Pelayo. Al nombrar al amigo, los ojos sin luz del doctor Rubió derramaron lágrimas por la ausencia de aquél, de quien dijo había marchado cuando tanto podía hacer todavía, dejándole a él, pobre persona, trasto inútil, en el mundo. Todos, en aquel momento, nos sentimos parte de los largos brazos de Farinelli—fuerte, alto—que no cesaban de rodear, repetidas veces, como amparándola, la figura, disminuída por la vejez, de barbita blanca y venerable.

Frente al desapego que crean las escisiones; frente al clima de diferencias y rencores, el valor de una amistad no borrada a través del tiempo, nos tonificó y nos hizo reconciliar con lo bueno de los hombres. Menéndez Pelayo, por otra parte, pasaba entonces—por su ideología—por una época de depreciación. El doctor Rubió nos enseñó—después—a mirar con respeto la obra del polígrafo de la Montaña.

En el tiempo en que vivimos, rico en individualismos y avaro en espíritu de amor y de entrega, la evocación de don Antonio Rubió—que sentó unas bases de humanidad y de cultura tan sólidas en un magisterio continuado hasta la muerte—, como aquel atardecer de primavera ya pasada, nos estimula y llena, a la vez, de nostalgia de grandeza y de espiritualidad. Don Antonio también las debió sentir cuando contemplaba la serenidad del Mediterráneo y sus caminos innumerables, y por encima de él, el cielo azul, el «almo reposo» de su admirado fray Luis de León, donde él ya descansa.

MARÍA DOLORES CABRÉ

1. ENRIQUE SÁNCHEZ REYES, *Don Marcelino*. Biografía del último de nuestros humanistas (Santander, 1956).
2. MENÉNDEZ PELAYO, *Estudios y discursos de crítica literaria*, vol. V, p. 127.
3. J. RUBÍO Y BALAGUER, *Valls y Taberner visto por un compañero de estudios* (C.S.I.C., 1947).
4. Op. cit.